

### ● 31 octubre: Domingo XXXI del Tiempo Ordinario, ciclo C.

#### Comentario

#### **«...hoy tengo que alojarme en tu casa»**

Lucas es el único evangelista que expone esta escena de Jesús con Zaqueo presentada por la liturgia de este domingo. Con frecuencia resaltamos de este pasaje la sorprendente conversión de Zaqueo, que siendo un acaudalado recaudador de impuestos, es capaz de dar incluso la mitad de sus bienes a los pobres. Sin embargo, la figura principal del episodio es sin duda la de Jesús, quien tiene la iniciativa en los hechos que se describen. Llama la atención, a este respecto, que sea él mismo quien se “autoinvite” a alojarse en la casa de Zaqueo. Un hecho inusitado y desconcertante. La costumbre de dar hospedaje al forastero adquiere un carácter sagrado en oriente, y de ella tenemos ejemplos elocuentes en la Sagrada Escritura. Ya en el libro del Génesis tenemos la escena de los tres hombres que, llegando a la tienda del patriarca Abrahán en Mambré, reciben de él una vehemente invitación para ser recibidos en su casa: «...*si he hallado gracia a tus ojos, no pases sin detenerte con tu siervo.*» (cf. Gn 18, 1-15). Sabemos que este episodio encierra, en realidad, una trascendental teofanía en los capítulos de la historia patriarcal, pues estos forasteros son mensajeros de Yavé, portadores de una gran bendición para Abrahán. Abrir las puertas de su casa a los desconocidos transeúntes representa para el patriarca recibir a Dios mismo en su casa. En una ocasión, Jesús mismo reprocha a un fariseo que le había invitado a su casa para comer su hipocresía pues, aunque el gesto de por sí indica amistad y sintonía con el maestro, en realidad aquel anfitrión estaba cerrado a la persona y al mensaje del convidado: «*Yo entré en tu casa, pero no me diste agua para lavarme los pies...; Tú no me diste el beso...; Tú no me ungiste con aceite la cabeza...*». De hecho, Jesús compara la actitud cicatera del fariseo con la de una mujer pecadora que inesperadamente irrumpe en la casa para llevar a cabo un sorprendente gesto de servicio (cf. Lc 7, 36-50). La escena es reveladora: no basta invitar a entrar en casa a Jesús, es necesario también que este gesto exprese una apertura más profunda, como es la del corazón. Ambas dimensiones las vemos precisamente en Zaqueo. Por eso su invitación se convierte también en teofanía. El invitado se le revela como mensajero de la bendición divina: «*Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán*».

Advirtamos, no obstante, que aunque es Jesús quien toma la iniciativa en este venturoso encuentro, Lucas presenta a Zaqueo como una persona que anhelaba encontrarse y conocer a Jesús. El evangelista cuida con detalle la composición de la escena para que el lector pueda descubrir el itinerario de un verdadero encuentro salvífico entre ambos personajes. Zaqueo es caracterizado como el que trata con ansiedad «*distinguir quién era Jesús*». No se trata de mera curiosidad por ver el porte de una persona que estaba cobrando renombre en Palestina. Zaqueo busca conocer personalmente a Jesús, busca entrar en diálogo con él para mostrarle que su mensaje había calado en su vida. De ahí sus esfuerzos por alzarse sobre la multitud, no sólo para ver al Maestro, sino para que también él pueda ser visto. Desde la atalaya que conforma una providencial higuera, el que busca divisar a Jesús entre el gentío acaba siendo contemplado por él. Y la mirada de Jesús penetra hasta lo más hondo de la existencia, pues el Señor parece percibir el deseo profundo que anida en el interior de aquel pequeño hombre: «*Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa*». Son las palabras que Zaqueo necesitaba para abrirse ya totalmente a la gracia divina. Mientras que muchos ven en él sólo a un despreciable pecador,

Jesús lo ve como un hombre dispuesto a amoldarse al evangelio, con gestos concretos de conversión. Pues Jesús «*ha venido a buscar lo que estaba perdido*».

## Subsidio para la liturgia dominical

### ● Introducción

Llevamos un mes entero hablando de la Misión de la Iglesia, del don de la llamada a anunciar el Evangelio, de cómo hemos de conocer y tener trato con Dios para poder realizarlo, de la importancia de la Biblia y la oración para alcanzar esta meta. Nos ha acompañado el ejemplo de san Pablo y de san Antonio M<sup>a</sup> Claret, que dedicaron su vida a anunciar el Evangelio. Ahora, como conclusión del mes, nos encontramos con el ejemplo de Jesús, que también dedicó su vida a acercarse a los alejados de Dios.

## PALABRA DE DIOS

### ► Lectura del libro de la Sabiduría (11,23-12,2).

Señor, el mundo entero es ante ti como un grano de arena en la balanza, como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra. Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.

Y ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieses querido? ¿Cómo conservarían su existencia, si tú no las hubieses llamado? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida. En todas las cosas está tu soplo incorruptible. Por eso corriges poco a poco a los que caen; a los que pecan les recuerdas su pecado, para que se conviertan y crean en ti, Señor.

### Salmo responsorial (144)

R/ *Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey.*

- Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey, bendeciré tu nombre por siempre jamás, Día tras día te bendeciré, y alabaré tu nombre por siempre jamás. R/

- El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad, el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. R/

- Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas. R/

- El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan. R/

### ► Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses (1,11-2,2)

Hermanos:

Siempre rezamos por vosotros, para que nuestro Dios os considere dignos de vuestra vocación; para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; y para que así Jesús nuestro Señor sea vuestra gloria y vosotros seáis la gloria de él, según la gracia de Dios y del Señor Jesucristo. Os rogamos a propósito de la última venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestro encuentro con él, que no perdáis fácilmente la cabeza ni os alarméis por supuestas revelaciones, dichos o cartas nuestras: como si afirmásemos que el día del Señor está encima.

### ► Lectura del santo Evangelio según San Lucas (19,1-10)

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: - Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa. El bajó en seguida, y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: - Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador. Pero Zaqueo se puso en pie, y dijo al Señor: - Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más. Jesús le contestó: - Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

## **Orientaciones para la celebración**

### **► Tema central**

Nos vamos a centrar en la figura de Zaqueo que, como los griegos del lema del Domund, también quiere encontrarse con Jesús.

### **► Propuesta de homilía**

Vamos a imaginarnos que nos acercamos a visitar a un amigo. Cogemos el coche y vamos hasta su casa. Allí aparcamos y nos acercamos a la puerta. ¿Qué hacemos en ese momento? Parece una pregunta evidente, pues todo el mundo haría lo mismo: tocar el timbre y esperar que nos abran la puerta. Una vez que nos han abierto, nos quedamos con él, disfrutando de su compañía.

El Reino de los cielos es exactamente igual: si queremos entrar en él tenemos que acercarnos a la puerta y llamar al timbre. ¿Cuál es la puerta de este Reino? El mismo Jesús, Él es el camino y la puerta para llegar al Padre. Y esto está lleno de ventajas, pues Él es quien quiere encontrarse con nosotros y por eso no está quieto en un sitio, sino que viene a buscarnos. ¿Y a qué timbre tenemos que llamar? Al del deseo. Zaqueo quería ver a Jesús, deseaba encontrarse con Él. Pero ha de ser un deseo de verdad, uno que nos haga movernos. El de Zaqueo le hizo salir de su casa, calcular el camino por el que iba a pasar el Señor y subirse a un árbol para poder verlo bien. Y Jesús no pudo resistirse a quedarse en casa de una persona que llamaba a su puerta con tanta fuerza. Y así le brindó su compañía y su capacidad de transformar su vida sólo con su presencia.

Y esto es muy importante al concluir nuestro octubre misionero, pues nosotros tenemos una vocación, de la que habla san Pablo en la segunda lectura, que conlleva una tarea. Nuestra vocación es estar llamando continuamente a esta puerta tan importante. Y nuestra tarea consiste en suscitar el deseo de acercarse a ella a todos los demás. ¿Os habéis preguntado alguna vez qué le dijeron a Zaqueo de Jesús para que saliera de su casa? ¿Habéis pensado cómo le diría que era Jesús para que se subiera a un árbol para verlo mejor? Los que hicieran esta tarea realmente consiguieron su meta.

Ante esto, y siendo conscientes de la tarea que nos impone nuestra fe, tendremos que preguntarnos: ¿Cómo puedo suscitar yo el deseo de encontrarse con Jesús a los que viven a mi alrededor? En primer lugar tendremos que pedirle a Dios que lo haga, pues Él es el único que entra en los corazones y les hace estar insatisfechos hasta que no lo encuentren a Él. En segundo lugar tendremos que ir descubriendo las necesidades insatisfechas, ya que sólo Cristo es capaz de satisfacer nuestra sed de plenitud. En tercer lugar tendremos que hacer ver cómo nuestro mundo no pretende llenar nuestro vacío, le interesa que estemos continuamente insatisfechos para que sigamos consumiendo continuamente. Vivimos en una sociedad que hace de la necesidad un negocio, por lo que crea necesidades que no quiere luego saciar totalmente. No nos muestra la fuente que quita la sed, sino que la oculta para vendernos continuamente el agua. Es difícil que deseemos encontrarnos con Dios si nos creemos satisfechos. En cuarto lugar hemos de mostrar cómo Jesús sí que da plenitud a nuestra vida. No se trata de hacer competencia al mundo ni a sus medios de comunicación: sólo tenemos que mostrar lo que nos ofrece Dios, pues no hay nada en el mundo que pueda hacerle competencia. Se trata de mostrarlo pues cuando se le conozca realmente se le elegirá con orgullo. Para esto tenemos que hablar de nuestro encuentro con Dios. No tenemos que tener miedo por decir que venimos a Misa, que vamos a un grupo cristiano, que Dios me da una vida que no puede dármela nadie...

Nuestra vida ha de invitar a los demás a que se conviertan y crean en nuestro Dios, a desear encontrarse con Él. El problema está, muchas veces, en que hemos olvidado lo que Jesús hace por nosotros. Quizá lo sepamos, pero nuestro corazón ha olvidado su fuerza, el sabor de su vida. Entonces perdemos la fuerza necesaria para suscitar el deseo y pasamos a convertirnos en “zaqueos”, personas necesitadas de que Jesús entre en su casa para recordar lo que significa el encuentro con Dios. Dejémonos tocar por Él para que podamos ser auténticos misioneros que van suscitando el deseo de encontrarse con Dios.

## LA MISA DE HOY

### ■ Ambientación

Al llegar el último domingo del octubre misionero la liturgia nos invita de un modo especial al cambio, a la conversión. Durante todo el mes el lema del Domund nos ha recordado que hay gente que quiere encontrarse con Jesús y que necesita de nuestra vida y palabra de discípulos para que les mostremos el camino. Esa es nuestra vocación: llevar a los demás hasta Jesús. En cambio, muchas veces acabamos olvidando que ésta es nuestra tarea y nos convertimos en cristianos de nombre, pero no de vida. Preguntémonos al comenzar esta Eucaristía: ¿cuanto tiempo hace que no hablamos de Dios con alguien de fuera de la Iglesia? ¿Qué hacemos para llegar a los alejados? ¿Invitamos a la gente a la Misa o a los grupos de fe o acción de nuestra parroquia?

Esforcémonos para que el encuentro con Jesús en esta Eucaristía nos transforme y nos haga llegar a ser más cristianos, que nos convierta en auténticos misioneros en nuestras casas y trabajos. Dejemos que Dios venga a nuestra casa y nos cambie.

### ■ Monición a la Palabra de Dios

Hoy la carta de san Pablo nos invita a pedirle a Dios que nos haga dignos de nuestra vocación para cumplir con los buenos deseos y tareas de la fe. Esto puede parecer muy complicado, pero no lo es tanto, pues Dios viene a nuestro encuentro para convertirnos cuando estamos perdiendo el norte. Escuchemos la Palabra de hoy y dejemos que nos interpele y nos mueva a la conversión.

### ■ Oración de los fieles

1ª.- Ilumina, Señor, al Papa, a los obispos y a todos los que dirigen a la Iglesia, para que sean capaces de reconocer el camino por el que vas a pasar para dirigirnos hacia allí. Roguemos al Señor.

2ª.- Regala, Señor, el don de la fortaleza a todos aquellos que llamas para dejarlo todo y anunciar el Evangelio, para que superen el miedo a responder y lleguen a ser grandes misioneros. Roguemos al Señor.

3ª.- Acercate de nuevo, Señor, a aquellos que han escuchado tu llamada y con el tiempo han perdido la radicalidad o se han olvidado de la fuerza de tu voz, y haz que te vuelvan a responder como la primera vez. Roguemos al Señor.

4ª.- Visita, Señor Jesús, las casas de los alejados de la Iglesia, de la fe y de ti, para que te vean cara a cara y deseen cambiar su vida y vivir como a ti te gusta. Roguemos al Señor.

5ª.- Ven también, Señor, a nuestras casas y haznos capaces de transformar nuestras vidas de tal modo que cualquiera que nos vea tenga más ganas de encontrarse contigo. Roguemos al Señor.

### ■ Monición final

Jesús no ha venido a nuestra casa, sino que ha hecho mucho más, en la Eucaristía ha entrado en nuestro corazón. Ahora somos nosotros los que le llevaremos a Él adonde vayamos. Que nuestra vida, al salir de esta iglesia, sea una digna portadora de Dios para que aquellos a los que nos acerquemos descubran, como Zaqueo, la grandeza de Dios.